

trarla y consolarle. Por la mañana, cuando llamaban las misas, plantaba en el suelo la jóven su cayado, é iba á asistir al santo sacrificio; y el divino Pastor guardaba las ovejas mientras ella estaba ausente. Durante el día, reunía á los pastorcillos sus compañeros para enseñarles á conocer al Dios que era la única pasión de su alma, á amarle como ella le amaba, y á servirle lo mejor que pudieran: compartía con los pobres el pan que le daban, ayunando para hacer la limosna de su pobreza. La oración ocupaba el resto de sus horas; y por la tarde volvía al pueblo con su rebaño y sufría con paciencia admirable los malos tratamientos é injurias de su madrastra. Y en esta vida sencilla y vulgar, llegó á hacerse tan querida de su amado Esposo, que le concedió el don de milagros. A los veintidos años la convidó á las nupcias eternas, y en aquella hora vieron dos religiosos, un ejército brillante de vírgenes celestiales que se dirigían á Pibrac, y luego volvían llevando en medio una vírgen coronada de frescas flores, que no era otra sino la humilde pastora que se elevaba hacia el palacio de su divino Esposo. (1)

Santa Genoveva y Juana de Arco eran también unas pobres jóvenes campesinas, y no obstante, el Hijo de Dios les confió las misiones mas sublimes, é hizo de ellas el instrumento de los mas grandes designios.

(1) Véanse las *Vidas de los Santos*, Abate Darras, Santa Germana Coussin, 15 de Junio.

Venid, pues, vírgenes sencillas y modestas, venid, que Jesús os abre benigneamente su Corazón. El Señor *que fija sus miradas de complacencia en los humildes* (1), *escuchará vuestras súplicas y sabrá hacerlos fecundas para su gloria y el bien del prójimo.*

CAPITULO IX

Cuál es la celda de una vírgen cristiana.

I.

SU APOSENTO.

En el convento, cada religiosa tiene su celda donde gusta retirarse á la soledad, bajo la mirada de Dios; mas en cuanto á vos, oh vírgen cristiana, vuestro propio aposento vendrá á ser como una celda muy amada.

Amad la soledad y el silencio de vuestro aposento, en el cual nunca estais sola, porque allí estais con el Esposo de vuestra alma. Cuando orais hablais con Jesús, y cuando leéis Él es quien os *habla* (2). Es verdad que vuestros ojos no lo ven, ni vuestros oídos escuchan su voz; mas no importa, creed en su presencia, y que vuestras horas

(1) Ps. CXII, 6.

(2) San Gerónimo, carta XVIII á Eustoquio.

mas felices sean aquellas que podeis pasar en la sola compañía de vuestro celestial Esposo. Contemplad de hoy en adelante vuestro aposento como *un santuario misterioso, lleno del Esposo invisible á quien amais únicamente* (1). Es verdad que no debeis confinaros en él como en una ciudadela inaccesible; mas siempre que podais hacerlo sin perjudicar á vuestros deberes de caridad ó de familia, retiraos á este amado asilo, entrando en él con alegría y con respeto, y acordándoos de las palabras del Esposo celestial: *Conduciré al alma á la soledad, y allí le hablaré al corazón.*

Que todo sea sencillo en vuestro aposento, porque la Esposa no debe ser mas que el Esposo. ¿Y qué era Jesús cuando vivió en la tierra? Un pobre carpintero, un modesto artesano que vivía en una pobre casa; y querríais habitar un aposento espléndido? Causaríais lástima á los ángeles del buen Dios. ¿Sabeis lo que Santa Catalina de Sena tenía en su aposento por único adorno? *Algunas sencillas pinturas del Redentor y de la Virgen María, ante las cuales ardían muchas lámparas de día y de noche.* (2)

Alejad de vuestro aposento los muebles dorados, las ricas colgaduras y los adornos raros y preciosos, pues en medio del lujo no se creería

(1) Santo Domingo, las terceras.

(2) *Vida de Santa Catalina de Sena*, por la Condesa de Flavigny, p. 28.

vuestro Esposo Jesús en su propia casa. Mas tal vez direis, ¿qué, no puedo estar rodeada de cosas preciosas sin tener mi corazón apegado á ellas?... También Jesús pudo vivir en un palacio y rodearse de magnificencia sin tener apegado á ello su Corazón; mas no quiso hacerlo así, sino que prefirió morar en una modesta habitación. Vuestro Esposo ha amado la sencillez; y vos como buena esposa debeis amarla también: haced todos vuestros esfuerzos para que reine en cuanto os rodea, y aprovechad las ocasiones favorables para ir suprimiendo uno á uno los varios adornos de vuestro aposento. Preferid á estos vanos adornos, un Crucifijo, tierno memorial del amor de vuestro Esposo; una imagen de la Santísima Virgen y de Señor San José, algunas estampas piadosas, palma bendita y una biblioteca provista de buenos libros. Tales deben ser vuestros tesoros mas amados; y vivid persuadida de que mientras mas sencillo sea vuestro aposento, más contento estará en él vuestro amado Esposo Jesús.

II.

EL CORAZÓN DE UNA VIRGEN CRISTIANA.

Como solo podeis retiraros á vuestro aposento muy cortos ratos, sabed que hay otra celda en la que nadie puede sorprenderos, y á cuyo secreto podeis entrar á todo instante del día y de la no-

che, habitándola Jesús de una manera especial; y esta celda es vuestro propio corazón.

Los esposos de la tierra se complacen en estar al lado de sus Esposas siempre que les es posible; y siendo Jesús el mas fiel de los esposos, no puede faltar á este deber; porque para esto reside continuamente en vos, y os sigue por todas partes, presidiendo vuestros trabajos, vuestras comidas y vuestro sueño: atravesando con vos las calles tumultosas de nuestras ciudades, así como los caminos solitarios del campo: viendo vuestros pensamientos, escuchando vuestras palabras, asistiendo á vuestros combates, participando de vuestras alegrías y recogiendo vuestras lágrimas. En una palabra; Jesús vuestro Esposo no os abandona un solo instante.

Puesto que quiere morar en vuestro corazón, debéis hacerle allí fiel compañía, y retiraros con frecuencia á esta celda interior que Santa Teresa llamaba el *pequeño cielo de su alma*, y en la cual tenía la dicha de encontrar siempre á su Amado.

“De Santa Cecilia, nos dicen sus actas, que siendo educada de un modo superior á todas las preocupaciones terrenas, vivía en el fondo de su corazón en compañía de su divino Esposo, y allí quedaba arrebatada con los encantos de su palabra interior, y sus conversaciones con Él no cesaban ni de día ni de noche. (1)

Á esta morada misteriosa se refugiaba Santa

(1) Actas de Santa Catalina.

Catalina de Sena para consolarse de las persecuciones que padecía: porque *con la esperanza de impedir del todo sus austeridades y sus oraciones le quitaron su aposento: mas habíase formado en lo mas secreto del alma un refugio, al cual llamaba su celda interior en donde vivía sola con Dios* (1). Y un día que expresaba á Jesús el deseo de vivir con Él en un desierto, le respondió el Señor: “*Hija mía, que tu celda esté dentro de tí.*” *Habituóse, pues, á vivir contenta y recogida en dicha celda interior, y en los últimos días de su vida, recomendaba á los demás este abrigo seguro que nadie puede violar.* (2)

Escuchad las graciosas palabras que San Francisco de Sales dice á este respecto: *Las santas vírgenes nunca están más á su gusto que cuando están enteramente solas, á fin de contemplar mejor la hermosura de su Esposo celestial; y para esto se retiran dentro de sí; pues como dice el Salmista, toda la hermosura y la gloria de la hija del Rey está por dentro, es decir, se halla en el interior.*

Por esto, la esposa muy amada, quiero decir, el alma que se ha consagrado á Jesucristo, en seguimiento de sus divinos amores, á fin de agradar solo á su Esposo se retira al fondo de su corazón como á un gabinete celestial, y allí per-

(1) *Vida de Santa Catalina de Sena*, Condesa de Flavigny, p. 19.

(2) *Id.* p. 360.

manece en la soledad para hacerse mas capaz de gozar la conversación de su Amado.

Mas aun cuando esteis allí muy escondida, los ángeles sabrán encontraros, porque como veis, estando la Santísima Virgen retirada y enteramente sola, supo encontrarla el arcángel Gabriel. (1)

No olvideis, pues, al divino huesped que ha fijado en vos su morada, y tened vuestras delicias en habitar con Él dentro del santuario de vuestro corazón.

CAPITULO X

De la imaginación de la vírgen cristiana.

Hay en el alma humana una facultad mas viva, mas pronta y mas indomable que las otras; en un instante os trasporta de un extremo al otro del mundo y refleja como en un espejo las personas, las cosas y los acontecimientos pasados, presentes y futuros: tal es la imaginación, tan veleidosa y tan extravagante á veces, que se le ha llamado *la Loca de la casa*.

Es de notar también, que en la muger llega la imaginación á un grado particular de sutileza y de actividad; lo que hace pueda llegar á ser para ella un inmenso peligro si cede á sus caprichos, ó

(1) San Francisco de Sales.

un recurso precioso si sabe dominarla y dirigirla con prudencia.

¿Mas, cómo podrá dominarla? ¿deberá acaso comprimirla enteramente? ¡Oh! nó, de ninguna manera, la imaginación de una muger no se trata de esta suerte. Nunca ensayéis ese medio, porque no os daría buen resultado; y os sucedería lo que á una madre que teniendo un niño travieso y turbulento, quisiera obligarlo á estar constantemente con ella en su aposento de trabajo: el niño la aturdiría con sus gritos y rompería todo cuanto encontrase.

Mas bien, que le abra la puerta del jardín y lo deje correr por donde quiera, pero siempre vigiándolo por la ventana. Así, el niño estará mejor y la madre también.

Del mismo modo, si Dios os ha dotado de una imaginación viva y brillante, desconfiad de ella, pero no queráis aprisionarla; porque semejante al niño travieso, os aturdirá con mil consideraciones acerca del prójimo, ó de vos misma, y pronto rompería en la casa de vuestra alma los vasos preciosos de la caridad, de la paz y de la humildad. Abridle la puerta del jardín, y dejadla que corra á su antojo, con tal que sea delante de las miradas del Señor.

Hase dicho que la imaginación es esclava del corazón; y no hay cosa mas cierta, porque se piensa en lo que se ama: la madre piensa en su hijo, la esposa en su esposo, el avaro en su tesoro, el sabio en sus ciencias y el negociante en su comer-

cio. Pues vos que teneis á Jesucristo por único amor, hácia Él primeramente debeis dirigir vuestros pensamientos.

Para abrir un campo mas variado á vuestra imaginación, aplicaos á considerar á Jesucristo todos días de la semana bajo un aspecto diferente. Por ejemplo, el lunes, podreis fijar vuestro pensamiento en Jesús niño; y le vereis en espíritu, durmiendo en los brazos de María, tendiéndole sus bracitos y dando sus primeros pasos; el martes podéis representaros á Jesús en el desierto; el miércoles, verle sentado en el pozo de Jacob; el jueves en la casa de sus amigos de Betania; el viernes por el camino doloroso del Calvario y clavado en la cruz; el sábado, en sus tabernáculos donde con tanta frecuencia está solitario; y el domingo, contemplarle en el cielo á la diestra del Padre. Si encontrais en la vida de vuestro Esposo celestial algunas escenas que más os agraden, escogedlas de preferencia, consultando á vuestro corazón, que en semejantes cuestiones suele ser el mejor consejero.

Pensad también en los pobres á quienes visitais: pensad en los medios de aliviarlos, de acudir en su auxilio y hacerles algun bien. Pensad en las buenas obras en que os ocupáis; reflexionad en el modo de hacerlas prosperar y de procurarles nuevos recursos. Pensad en los pobres moribundos á quienes amenaza la muerte, en las almas del purgatorio que padecen tan intolerables dolores, y recitad por ellas alguna oración.

Pensad en vuestros queridos misioneros que recorren las playas infieles. Volad en espíritu á vuestra hermosa patria del cielo en donde todo es gozo y felicidad, y en donde las vírgenes van deshojando los lirios y las rosas bajo las pisadas del Cordero.

He aquí algunos piadosos pensamientos ofrecidos á vuestra imaginación; procurad recordarlos con frecuencia durante vuestros viajes, ya en carruaje, ya en el tren; en vuestros paseos por el campo, en vuestras correrías por la ciudad, en vuestros insomnios de la noche, y en esos instantes tan frecuentes del día en que vuestro espíritu está ocioso. Mas sobre todo, pensad en ellos cuando trabajéis en esas obras manuales que dejan la imaginación desocupada; entonces, mientras que vuestras manos trabajan, que vuestra alma piense en Dios; las manos y los ojos en vuestra obra, y vuestro corazón en el cielo. (1)

CAPITULO XI

De las santas lecturas.

Para manteneros en recogimiento de espíritu y fijar vuestra imaginación en los pensamientos piadosos, es un medio muy eficaz la lectura de san-

(1) San Gerónimo.